

Jean Charlot, 23 años de ninguneo

Por STEFAN BACIU

En pocas ocasiones, como en ésta, la frase, por demás común, de "más vale tarde que nunca", se ajusta "como anillo al dedo": en 1963, hace casi un cuarto de siglo, la editorial de la Yale University (New Haven & London) publicó el libro *The Mexican Mural Renaissance, 1920-1925*, de Jean Charlot.

Se trataba de un documento fundamental para la explicación y la comprensión (pero objetivas) de ese particular fenómeno muralístico. Eto me lo han confirmado a viva voz artistas como Carlos Mérida y Alfredo Zalce, pero los consabidos "ninguneadores", tan hábiles y activos como siempre, pusieron manos a la obra, para bajarle el piso al autor, por cierto, de remoto origen mexicano.

Fue así que la traducción castellana de capital importancia no se publicó sino hasta 1985.

De Jean Charlot aseveró su camarada David Alfaro Siqueiros: "(fue) uno de los fundadores primordiales del muralismo mexicano. Charlot, junto con Javier Guerrero y los pintores-obreros de la zona de Cholula, nos llevó al descubrimiento de la técnica del fresco en el periodo inicial de nuestra obra".

Orozco, en ese mismo sentido, completó: "con su ecuanimidad y su cultura, atemperó muchas veces nuestros exabruptos juveniles y con su visión clara iluminó frecuentemente nuestros problemas".

Resultado de intensos y largos años de búsqueda y de investigación pacientes, basados en la época que le

tocó participar del muralismo, el volumen es una "mina" de documentos, informaciones y hallazgos. Baste, para dar unos ejemplos, mencionar los esenciales capítulos autobiográficos, escritos a solicitud de Charlot, por Ramón Alva de la Canal y Fernando Leal, así como las "Reminiscencias" del propio Charlot, quien, con su benedictina modestia, las consideraba como sus... ¡memorias!

En su casa del barrio de Kahala, en Honolulu, Charlot, extraordinario coleccionador de "cosas", guardaba verdaderos tesoros mexicanos de la época, después de su muerte, fueron depositados en la sala Charlot, en la "biblioteca Thomas Hamilton" de la Universidad de Hawai, donde por vasto tiempo se desempeñó como profesor en la Escuela de Bellas Artes.

Hoy en este libro, bellamente editado por Domés, traducido por María Cristina Torahuilho Cavalcanti, con la colaboración de Jorge Lobillo, Susana Glusker y Eugenio Méndez, capítulos y páginas que reviven plásticamente a personalidades como José Vasconcelos, Amado de la Cueva, Edward Weston, Diego Rivera, José Clemente Orozco; y al mismo tiempo, "revelaciones", como el estudio sobre la importancia pionera en el movimiento de artistas como Carlos Mérida y Francisco Goitia.

El estilo es una combinación de sabiduría "scholar" de elevado nivel académico, que a veces pasa a páginas de carácter autobiográfico, donde la exactitud de los detalles se mezcla con un fino aire de gala ironía.

Sin lugar a dudas, es una obra que debería reeditarse en tamaño bolsillo para ampliar su circulación en las universidades y entre los lectores "comunes" que, después de casi un cuarto de siglo de silencio y ninguneo, advertirán que una puerta cerrada se les abrió ¡finalmente!

Aún veo frente a mí al entrañable amigo, en su estudio del barrio Kahala; cuando hablábamos de su libro, me acuerdo de la melancolía que nublabá su rostro, al decirle que debía aparecer, antes que nada, en México, por ser un libro básico de la cultura mexicana...

Allá, en su nube actual, el maestro Charlot debe regocijarse en compañía de sus amigos....

El Universal
Sept. 15, 1985
Sec. Cultural
PAG. 4

parte inferior
izquierda